EL PESO DE LA TRADICIÓN SOBRE LA MUJER: ESTUDIO COMPARATIVO DEL PATRIARCADO EN *CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA* DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ Y DE *CARTA A UNA AMIGA ÍNTIMA* DE MARIAMA BA,

Bassirou THIAW
Universitad Cheikh Anta Diop de Dakar, Senegal
bassirouthiaw6@gmail.com
Departamento de Lenguas y civilizaciones Románicas (espagnol)
https://orcid.org/0009-0000-5184-1457

Resumen:

El presente artículo busca examinar los mecanismos de dominación patriarcal que guían el destino de la mujer en Crónica de una muerte anunciada y en Carta a una amiga íntima, evidenciando la amplitud del machismo mediante la crianza, la transacción económica y social y los rituales tradicionales, sin olvidar el papel que los personajes femeninos, las matriarcas en particular, han jugado en la perpetuación de la estructura patriarcal. Estas prácticas tradicionales acaban por ser un peso insoportable para las mujeres, afectando asimismo negativamente a sus vidas.

Palabras claves: *patriarcado, mujer, matriarca, tradición, machismo.*

Résumé:

Cet article vise à étudier en détail les mécanismes de domination patriarcale qui déterminent le destin des femmes dans Crónica de una muerte anunciada et Carta a una amiga íntima, montrant l'ampleur du sexisme à travers l'éducation des enfants, les échanges économiques et sociaux, et les rituels traditionnels, sans pour autant oublier le rôle des personnages féminins, notamment des matriarches, dans la préservation du système patriarcal. Ces pratiques traditionnelles finissent par devenir

un fardeau insupportable pour les femmes, ayant aussi un impact négatif sur leurs existences.

Mots-clés: *patriarcal, femme, matriarche, tradition, machisme.*

Abstract:

This article seeks to examine the mechanisms of patriarchal domination that shape the fate of women in Crónica de una muerte anunciada and Carta a una amiga íntima, highlighting the scope of machismo through upbringing, economic and social transactions, and traditional rituals, without overlooking the role that female characters—particularly matriarchal figures—have played in perpetuating the patriarchal structure. These traditional practices ultimately become an unbearable burden for women, negatively affecting their lives.

Keywords: *patriarchy, women, matriarch, tradition, machismo.*

Introducción

La situación de la mujer en las sociedades contemporáneas africanas y latinoamericanas ha sido, desde hace mucho tiempo, dictada por mandatos socioculturales, prejuicios tradicionales patriarcales, etc. Como en África y en muchos otros países latinoamericanos y del Caribe, pese a la colonización europea, hemos constatado la permanencia de las sociedades tradicionales patriarcales, sobre todo en las zonas rurales, donde el papel de la mujer está reducido a su capacidad de tener hijos, ocuparse de las tareas domésticas y encargarse de la comida de los hombres a su regreso a casa entre otras funciones.

En aquellas sociedades, las costumbres patriarcales moldean el espíritu de las mujeres, guiándolas desde la

infancia mediante una cultura impuesta, en un ámbito referencial tan estricto que termina por limitarlas. Estas limitaciones terminan por convertirse en un obstáculo psicológico interno. Esas evidencias muestran que el peso de la tradición sobre la mujer no se manifiesta únicamente a través de la presión física, sino también mediante un proceso extremo de socialización. Elena Gibaja, en su ensayo *Imágenes de la condición femenina* considera que «le permitieron hacer o no a la mujer por su condicionamiento social. La mujer internaliza las normas y eso explica que no haga ciertas cosas. Algunas reconocieron una fuente social, ya sea que respondan a una limitación que la sociedad impone (mediante sanciones implícitas) o que sean una forma de conducta o una actitud adquirida en el proceso de socialización y de cuyo origen la mujer no es necesariamente consciente. (…) La presión social se convierte en autocensura. Pesan la tradición y la cultura» (1990: 87).

El peso de la tradición se nota en la imprescindible dimensión del sistema patriarcal, percibido como un sistema de mandato social constante que impone a la mujer roles inamovibles, terminando por amoldar la identidad femenina. Este ordenamiento tradicional funciona de tal manera que «en la sociedad cada mujer es vigilante y censora de sí misma y ha asumido el sentido patriarcal de su vida: no sabe ser de otra manera, no se atreve a serlo» (Lagarde, 2005: 20). Así, esto pesa no solo sobre la mujer, sino que también la convierte en guardiana de su propia dominación.

Si bien intentaremos basarnos sobre la socio crítica y la historia crítica a fin de identificar los procesos

metodológicos a tomar para llevar a cabo este trabajo. Ambas teorías literarias son idóneas para analizar que la opresión de las mujeres en estas novelas no es un mero hecho fortuito, sino un asunto cultural elaborado por la historia y la sociedad en sí mismas. Así, analizando las nociones como el honor, el deber, la pureza, la casta, etc, constatamos que la tradición funciona como una ley absoluta en las dos obras. En *Carta a una amiga íntima*, la tradición se concibe socialmente como un deber absoluto inmutable que destruye la mente y la voluntad de la mujer. Y, en *Crónica de una muerte anunciada*, de García Márquez, al referirse al honor, la tradición es una máquina social que llega incluso a obligar a la sociedad, en su mayoría, a ser coautora de un crimen por honor.

Históricamente, la literatura ha sido considerada como un espejo honesto de las estructuras sociales que denuncia las relaciones de poder que determinan el destino del ser humano, y de las mujeres en concreto. Esta realidad, en cierto modo, supera los límites geográficos, culturales, religiosos y lingüísticos para ser evidentemente un hito narrativo en muchas de las novelas que fundamentan el siglo XX. Las novelas *Crónica de una muerte anunciada* del Novel colombiano Gabriel García Márquez y *Carta a una amiga íntima* de Mariama Bâ, una autora senegalesa aunque surgen de contextos geográficamente opuestos, pero convergen en una crítica profunda del peso que la tradición, el egoísmo y las costumbres patriarcales imponen a la mujer. En esta obra, García Márquez, por un lado, describe una sociedad colombiana católica que concibe la mujer como un objeto de transacción económica y social, así como en guardiana de la

dignidad y del honor familiar. Por otro lado, la novelista senegalesa Mariama Bâ denuncia a través de la protagonista Ramatoulaye el sufrimiento de la mujer frente a los privilegios patriarcales respaldados por la religión musulmana y las costumbres senegalesas.

De ahí, resulta importante problematizar el peso de la tradición sobre la mujer, planteando ¿De qué manera las costumbres tradicionales oprimen, mercantilizan y cosifican a la mujer? ¿Cuál es el papel de la mujer en la conservación de los sistemas patriarcales machistas?

Por tanto, nuestra hipótesis sostiene que el peso de la tradición surge de un sistema patriarcal similar que anula el deseo femenino a través de una educación sexista, convirtiendo a la mujer en un objeto de intercambio etc. Asimismo, su cumplimiento depende de la complicidad efectiva de las matronas, quienes después de haber sido víctimas de la misma estructura patriarcal, actúan como las preservadoras de esa rígida tradición, asegurando así nuevas opresiones sobre la futura generación femenina.

Con la finalidad de comprobar la hipótesis planteada, hemos estructurado nuestro trabajo en cuatro secciones diferentes. Primero, vamos a estudiar la educación patriarcal sexista reservada a la mujer. Luego, será pertinente mostrar cómo la mujer es considerada como un objeto de intercambio económico y social y en qué circunstancias la cosificación de la mujer mediante los rituales tradicionales es una realidad en ambas novelas. Terminaremos nuestro análisis

demostrando cómo la matriarca se posiciona como conservadora de las costumbres machistas.

1. La educación patriarcal sexista reservada a la mujer

A lo largo de la historia, la educación patriarcal sexista ha sido percibida como un instrumento de control social con el fin de mantener a las mujeres bajo modelos de sumisión, de sufrimiento, de sacrificio, de docilidad, etc. Ante este hecho, en todas las sociedades existe una desigualdad entre el hombre y la mujer, una desigualdad que se extiende a los ámbitos sociales, culturales, religiosos y económicos (Pérez Francés, 2011: 465). Esta educación patriarcal se presenta como una condición que ignora a la mujer, la mantiene sometida y, a la vez, busca justificar este sometimiento. En este contexto, hay que señalar que esta mujer hogareña, privada de iniciativa, contrasta con la actividad laboral de la clase baja y la actividad social de la alta, y no podemos olvidar esto para comprender el papel fundamental que la religión ocupará en la vida de estas mujeres, cuyos rituales y cuya moral van a coincidir con la moral social (Ballarin Domingo, 1989: 252).

Así, se puede notar que en ambas novelas de culturas distintas, la crianza no solo niega a las mujeres su autonomía, sino que también las relega al ámbito doméstico para que estén siempre al servicio de la voluntad del hombre. Primero, en *Crónica de una muerte anunciada*, García Márquez describe un sistema patriarcal que determina el destino de los individuos solo por razones biológicas y esto opera mediante una educación sexista. Las mujeres, desde la

infancia, son educadas para confinarse permanentemente al hogar, ocupando roles de madres y esposas, teniendo esposos y cumpliendo las tareas del hogar, mientras que los varones están preparados para liderar, ocupar cargos públicos y participar en la toma de decisiones en los ámbitos públicos y privados: «los hermanos fueron criados para ser hombres. Ellas habían sido educadas para casarse. Sabían bordar en bastidor, coser a máquina, tejer encaje de bolillo, lavar y planchar, hacer flores artificiales y dulces de fantasías, y redactar esquelas de compromiso» (1981: 51). Esta educación infantil que separa los roles demuestra cómo la mujer, desde los fundamentos de la sociedad, está relegada a un segundo plano. Este adiestramiento femenino inferido por el sistema patriarcal rechaza el desarrollo socioeconómico y profesional de las mujeres, forzándolas a encerrarse en el hogar para poder siempre estar al servicio del marido. A esto confiesa el narrador que «cualquier hombre será feliz con ellas, porque han sido criadas para sufrir» (García Márquez, 1981: 52). Esta afirmación es una verdadera justificación de una educación tradicional sexista que pone la institución del matrimonio patriarcal por encima de la dignidad de la mujer.

De la misma manera, esta educación anula incluso la voluntad femenina mediante la docilidad exigida antes de la decisión patriarcal, lo que afectará posteriormente el futuro de la mujer. Esta vez, en un contexto senegalés, Mariama Bâ en *Carta a una amiga íntima* describe cómo la educación tradicional patriarcal moldea la mujer hasta que pueda cumplir su función de servir al hombre. La pequeña Nabou es un ejemplo manifiesto de lo que acabamos diciendo. Esta última ha sido criada de forma estricta por su tía Nabou,

quien la educaba bajo los parámetros tradicionales donde se veían las mujeres como utilidades domésticas que puedan ser funcionales para los futuros esposos: «aprendía el secreto de las salsas deliciosas y cómo manejar plancha y mortero. Su tía no dejaba de recordarle su origen real y le enseñaba que la primera cualidad de una mujer es la docilidad» (1985: 65). Esta cita es el reflejo perfecto de una educación sexista que exige a la mujer ser dócil a fin de garantizar todas las labores de la casa sin quejarse ni rebelarse, persiguiendo así su función de servidora incondicional.

En otro contexto, para preservar la docilidad y la sumisión femenina mediante la educación infantil, el patriarcado procede a la limitación activa del desarrollo del pensamiento femenino, impidiendo a la mujer acceder a la escuela o lugares donde podría tener conocimientos profundos o ideas revolucionarias. La pequeña Nabou en *Carta a una amiga íntima,* aunque estudia para ser matrona, (un oficio relacionado con el cuido tradicional) se ve después impedida por su tía por miedo al exceso de educación porque en la sociedad tradicional que ella representa se obliga a las mujeres a ser ignorantes. Esto se considera como un instrumento de freno moral y social. Así, por ejemplo, dice la tía Nabou: «en verdad, no hay que ampliar demasiado la instrucción de una mujer. Además, me pregunto cómo puede una mujer ganarse la vida hablando de la mañana a la noche» (Ba, 1985: 66). Ante esto, se puede afirmar que el sistema patriarcal considera el crecimiento intelectual de la mujer como una amenaza que podría destruir posteriormente la docilidad impuesta. Por lo tanto, es preferible para los varones mantener el género femenino en una educación

restringida que hace que la mujer permanezca en una dependencia intelectual, social y económica hacia el hombre. Ello confirma las palabras de Hernández y Ortega, quienes señalan que: «el sistema educativo no procura una educación igualitaria, es más, incluso el currículo se articula bajo una visión sesgada e incompleta que conlleva a transmitir una imagen distorsionada de la mujer» (2019: 71).

2. La mujer como objeto de intercambio económico y social

Muchas veces, en las sociedades tradicionales, la posición de la mujer siempre ha sido condicionada por las reglas patriarcales, negándole su autonomía antes de convertirla en un objeto o, más bien, una moneda de intercambio. La mercantilización del cuerpo femenino en estas dos novelas de estudio alcanza un nivel extremo sobre todo cuando hemos visto que las propias madres comercian el destino de sus hijas solo para lograr un ascenso social y la búsqueda de un bienestar económico estable. En este sentido, el matrimonio se convierte en un intercambio financiero crudo que reduce a la mujer a un objeto de transacción. La adolescente Binetou, en *Carta a una amiga íntima*, es un ejemplo manifiesto de lo que acabamos diciendo. Ésta, con una aspiración académica brillante, es obligada a abandonar su carrera escolar para satisfacer la ambición avara de su madre. Esta última fuerza a su hija (Binetou) a casarse con Modou Fall, un hombre rico y mucho mayor que ella, a cambio de favores económicos extravagantes como: «la casa en SICAP[1]: gran recepción, cuatro dormitorios, dos

[1]Nombre de un barrio en Dakar, la capital senegalesa.

baños rosado y celeste, amplia sala de estar, (…) Por otra parte, seguía pagando mensualmente a la SICAP setenta y cinco mil francos. (…) le permitieron enviar a la Señora Suegra y a su marido a adquirir los títulos de Hadja y de El-Hadj en la Meca» (Ba, 1985: 28-29).

A esto, el narrador añade que «por haber retirado a Binetou del ciclo escolar, le pasaba una asignación mensual de cincuenta mil francos, como salario obligatorio. La joven, muy inteligente, deseaba continuar sus estudios, terminar el bachillerato» (Ba, 1985: 29). Esto ilustra cómo Binetou es utilizada como objeto de intercambio para sacar a su familia de la pobreza, haciendo de ella «un cordero inmolado como muchos otros en el altar de "lo material"» (Ba, 1985: 80). Esta metáfora del narrador es destructora ya que muestra que la adolescente Binetou es una víctima sacrificial, privada de voz y de un futuro mejor solo para complacer el omnipotente estatus social. Lo que evidencia que no es la dueña de su destino ni de su voluntad, sino un objeto de intercambio puesto a disposición de un hombre rico y saldado por una madre codiciosa, justificando que dentro de las estructuras patriarcales, el cuerpo y la belleza de la mujer tienen un precio de intercambio que muchas veces prevalecen sobre la vida y la libertad femenina.

Este escenario puede ser equiparado con el caso de Ángela Vicario en *Crónica de una muerte anunciada* cuando su familia la obliga a casarse con Bayardo San Román, un hombre extremadamente rico que compra la voluntad de la familia Vicario. Esta boda, vista como una transacción socioeconómica, opera como una forma de subida social de la

familia, demostrando la mercantilización del matrimonio. La novia Ángela, apenas conoce a su pretendiente y tampoco lo ama, es de repente silenciada por sus padres, considerando a su hija como un billete de lotería que los sacará de la pobreza y sus sentimientos no cuentan para nada en la transacción. Por tanto, se describe que: «el argumento decisivo de los padres fue que una familia dignificada por la modestia no tenía derecho a despreciar aquel premio del destino. Ángela Vicario se atrevió apenas a insinuar el inconveniente de la falta de amor, pero su madre lo demolió con una sola frase: -También el amor se aprende» (García Márquez, 1981: 57). Este pasaje muestra claramente que Ángela Vicario es tratada exactamente como un objeto de transacción que no se puede desestimar frente a una recompensa económica. Es despojada así de toda base afectiva debido a un contrato que obliga a la mujer a estar conforme al mejor postor, aplastada por la voluntad colectiva de su familia. Lo que confirma sin duda que el destino de la niña es decidido por sus propios padres a fin de asegurar una posición social ventajosa.

En esta misma línea de argumentación, la mujer como objeto de intercambio se puede ver también cuando es utilizada como regalo que debe saldar un pacto social. Este proceso que reduce a la mujer a un mero objeto de intercambio se manifiesta también en las relaciones y favores familiares, en las cuales la mujer puede ser regalada para cancelar una deuda moral o efectuar venganzas. En *Carta a una amiga íntima*, un ejemplo manifiesto de ello se ve cuando la tía Nabou pide a su hermano que le confíe a su hija, la pequeña Nabou para educarla con el fin de convertirla en

una herramienta de su venganza contra la protagonista. La reacción del padre muestra una deshumanización impresionante que iguala a la niña con una pertenencia absoluta, diciendo: «Toma a la pequeña Nabou, tu tocaya. Es tuya. Solo te pide sus huesos» (Ba, 1985: 64). La afirmación del padre confirma por tanto que la niña es vista como un objeto de transferencia sin derecho ni voluntad sobre su propio cuerpo o futuro. Ante esta postura, el padre se desvincula de su niña otorgando su entera posesión a la tía, quien, a su vez, debe moldearla antes de regalarla más tarde a su hijo Mawdo (primo de la niña) como esposa. Este proceso familiar tradicional evidencia cómo los sistemas tradicionales cosifican a las mujeres desde la niñez, haciendo de ellas herramientas en los asuntos de orgullo de los hombres.

Además, la mujer como objeto de intercambio se puede ver cuando nos referimos a la cuestión de la dote en *Carta a una amiga íntima*, que es un reflejo de las estructuras patriarcales tradicionales donde la mujer se ve obligada a casarse con su pretendiente, quien a su vez tiene que pagar o proporcionar ciertas mercancías valoradas a cambio de la boda. A nuestro entender, este aspecto implica una agresión a la dignidad de las mujeres y efectivamente una desvalorización de sus condiciones de seres humanos ya que se trata de una compra de la mujer y de su voluntad, siendo una redistribución ofrecida a la familia paterna de la mujer por haberla criada hasta su hora de casamiento. De ahí, la mujer sin duda es vista como un objeto de transacción o trueque, no como un sujeto; los hombres en este caso son los sujetos que pueden conseguir objetos que les pertenecen. Lo

que permite entender que las mujeres son mercancías, objetos de intercambio y los varones tienen el poder de decidir sobre ellas. La protagonista Ramatoulaye desafía estos convencionalismos sociales y se casa por amor, decidiendo que no se pagara la dote en su matrimonio. Por eso, lo describe en el pasaje siguiente: «pero yo prefería al hombre del eterno traje caqui. Nuestra boda se celebró sin dote, sin boato, ante las miradas desaprobadoras de mi padre, ante la dolorosa indignación de mi madre frustrada, ante los sarcasmos de mis sorprendidas hermanas, en nuestra ciudad muda de asombro» (Ba, 1985: 41). Esta práctica de la dote o práctica cultural que considera a la mujer como un objeto de intercambio es muy frecuente en las sociedades africanas particularmente, senegalesas. Esto, como bien lo hemos subrayado anteriormente en nuestro análisis, es una práctica patriarcal que oprime a las mujeres, las deshumaniza y las invisibiliza tal como lo podemos ver también con la protagonista Salie en *En un lugar del Atlántico* de Fatou Diome, también una autora senegalesa. Salie, siendo una protagonista liberada y cosmopolita, denuncia el pago de la dote en la sociedad senegalesa, considerándola como algo que cosifica a las mujeres. Piensa que: «Según una ley ancestral, les elegían un esposo en función de intereses familiares y de inmutables alianzas. Aquí, pocas veces se casan dos enamorados, sino que siempre se vincula a dos familias: el individuo sólo es un eslabón de la cadena tentacular del clan» (Diome, 2004: 133). Sigue añadiendo que: «un campesino de Fimela, que le debía mucho dinero desde hacía mucho tiempo, acababa de ofrecerle la mano de su hija de dieciséis años. ¿Quién dice que el trueque ha desaparecido del África moderna?» (Diome, 2004: 157).

En síntesis, estas dos novelas, a pesar de sus diferencias geográficas y una cultura casi similar, muestran que la mujer es tratada como un objeto de intercambio económico y social. Más, su cuerpo y su destino son utilizados para fortalecer alianzas o mejorar socialmente una familia.

3. Cosificación de la mujer mediante los rituales tradicionales

En el transcurso de la historia, los rituales tradicionales han funcionado como herramientas que sostienen el funcionamiento y los valores de las sociedades. Por tanto, estos rituales, aunque considerados como mecanismos de preservación cultural, a menudo, esconden prácticas de opresión sistémica que cosifican a las mujeres. Esto ocurre mediante la imposición de roles, los códigos de honor y muchas veces los acuerdos económicos donde la mujer es despojada de su personalidad y reducida a un simple objeto de intercambio, a una propiedad privada o a un símbolo de posición patriarcal.

En ambas novelas, la cosificación de la mujer mediante los rituales tradicionales, en realidad, se manifiesta de forma cruda por supuesto, en culturas diversas, aunque similares y en contextos geográficos ajenos. Primero, en el entorno colombiano, los rituales tradicionales como la crianza, el honor y el cortejo operan mediante una lógica de dominación patriarcal que cosifica a la mujer. En *Crónica de una muerte anunciada*, la cosificación de la mujer aparece cuando el valor de la mujer está intrínsecamente relacionado a su pureza sexual. A partir de ahí, la mujer deja de ser

concebida como una persona para convertirse en un objeto transable que considera a la mujer como una mercancía pasiva y la virginidad representa también el sello destacable de esta propiedad. Así, la mujer, al no cumplir con los rituales de pureza, el esposo tiene el derecho de devolverla tal como lo hemos visto con la protagonista Ángela Vicario en *Crónica de una muerta anunciada*. Ésta, partiendo de un trágico matrimonio, ha sido desechada y deshumanizada por su marido Bayardo San Román por haber descubierto que no era virgen: «Ángela Vicario, la hermosa muchacha que se había casado el día anterior, había sido devuelta a la casa de sus padres, porque el esposo encontró que no era virgen» (García Márquez, 1981: 38). La devolución es la máxima manifestación de la cosificación de la hembra en la obra. La adolescente Ángela aquí no se puede considerar como una persona con quien se separa, sino como un mero producto u objeto. Un acto que no solo destruye su vida, sino la reduce a una tragedia de sangre que da sentido al título de la novela. Esta devolución, sin duda, se amplía a lo largo de la narración cuando: «Bayardo San Román no entró, sino que empujó con suavidad a su esposa hacia el interior de la casa, sin decir una palabra» (García Márquez, 1981: 76). Lo cual muestra un incumplimiento de contrato por parte de Ángela Vicario, demostrando asimismo que en esta sociedad, el honor de los hombres es primordial.

Bajo esta mirada, la culminación de esta cosificación parte del ritual de la virginidad exigido por la estructura tradicional patriarcal que obliga a exhibir la sábana manchada de sangre un día después de las bodas. El narrador lo describe con las palabras siguientes: «"Lo único que creen

es lo que vean en la sábana", le dijeron. De modo que le enseñaron artimañas de comadronas para fingir sus prendas perdidas, y para que pudiera exhibir en su primera mañana de recién casada, abierta al sol en el patio de su casa, la sabana de hilo con la mancha del honor» (García Márquez, 1981: 63). Por tanto, el incumplimiento del requisito desemboca literalmente en la devolución de Ángela a la casa de sus padres como si fuera un producto defectuoso que no respeta las normas exigidas por el comprador.

Luego, en *Carta a una amiga íntima* de Mariama Bâ, la cosificación de la mujer mediante los rituales tradicionales opera cuando los rituales vinculados con el matrimonio ponen de manifiesto cómo la mujer pierde su estatuto de ser humano para convertirse en patrimonio de una familia específica o política. Esto ocurre habitualmente con las viudas que tienen que sacrificar sus bienes y, más grave, pierden su dignidad y humanidad antes de convertirse en una propiedad de un hombre y su familia. La protagonista Ramatoulaye, después de la muerte de su esposo Modou Fall, es un ejemplo manifiesto de lo que acabamos de explicar. La autora senegalesa denuncia esta práctica con las palabras siguientes:

> Es el momento temido por toda senegalesa, con miras al cual sacrifica sus bienes ofrendándolos a su familia política y, lo que es peor, pierde además de los bienes la personalidad, la dignidad, convirtiéndose en una cosa al servicio del hombre que la desposa, del abuelo, de la abuela, del padre, de la madre, del hermano, de la hermana, del tío, de la tía,

> de los primos, de las primas, de los amigos de ese hombre (Ba, 1985: 16-17).

Esta cosificación de la mujer llega a su punto culminante con la tradición de heredar a las mujeres; cuando quedan viudas. La protagonista Ramatoulaye es pretendida por Tamsir, su cuñado, como si reclamara su parte en las posesiones del difunto esposo Modou Fall, lo que la obliga a defenderse lamentando: « (…) no soy un objeto que se pasa de mano en mano. Ignoras lo que casarse significa para mí: es un acto de fe y de amor, un don total de sí mismo al ser que hemos elegido y que nos ha elegido» (Ba, 1985: 112-113). Una vez más el matrimonio, en las sociedades con rituales patriarcales, no se percibe como una relación de sentimientos, sino como una entidad donde la mujer se desfigura y es despojada de su estatus de ser vivo. La obligación de casarse implica asimismo un doloroso abandono a la autonomía, convirtiendo a la mujer en una prolongación de las necesidades del hombre y su familia. La viuda Ramatoulaye, cuando piensa en los ritos funerarios y las obligaciones tradicionales de la sociedad musulmana, exhibe cómo las mujeres deben sacrificarse del todo para satisfacer no solo al esposo, sino también a un linaje infinito de parientes. Por tanto, estos rituales tradicionales subrayan una anulación absoluta de la identidad femenina, reduciéndola exactamente a un objeto utilitario.

4. La matriarca como conservadora de las costumbres machistas

El Diccionario de la lengua española (2014) define, por una parte, el machismo como «actitud de prepotencia de los varones respecto de las mujeres». Define, por otra parte, la matriarca como «mujer que ejerce el matriarcado». Históricamente, el machismo es percibido como un sistema de opresión dominado de forma privilegiada por los hombres. Por consiguiente, estas dos novelas revelan una realidad mucho más compleja y crítica. Esto muestra, en gran medida, una complicidad activa de las propias mujeres, particularmente las matriarcas o las figuras maternas. Así, en lugar de ser aliadas de sus propias hijas, las matriarcas operan muchas veces como las conservadoras más feroces de las costumbres machistas que subyugan al género femenino.

Esta dinámica supera los límites culturales y geográficos tal como se ha retratado magistralmente en el análisis de ambas novelas con dos sociedades literalmente distintas como la latinoamericana en *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez y la africana musulmana en *Carta a una amiga íntima* de Mariama Bâ. En estas, las figuras maternas aseguran el rol de perpetuar la dominación masculina, la sumisión femenina, el culto del honor patriarcal y el sacrificio de las adolescentes en beneficio de los hombres y del estatus social de los varones. En *Crónica de una muerte anunciada*, la matriarca Pura Vicario asume el papel de conservadora de las costumbres machistas. Esta figura materna es quien, desde la niñez, destaca rigurosamente los roles de género, educando a los hijos

varones «para ser hombres» (García Márquez, 1981: 51) y a las hijas para el sacrificio y el matrimonio, confesando con satisfacción que «cualquier hombre será feliz con ellas, porque han sido criadas para sufrir» (García Márquez, 1981: 52).

Al mismo tiempo, es quien obliga a su hija, la protagonista Ángela Vicario, a casarse con Bayardo San Román, un hombre rico, sin amor, solo por provecho económico y social. Y, a pesar del rechazo de su hija: «Ángela Vicario se atrevió apenas a insinuar el inconveniente de la falta de amor» (García Márquez, 1981: 57), la matriarca insiste, demoliendo sus argumentos con su famosa frase: «También el amor se aprende» (García Márquez, 1981: 57). Luego, al descubrir la falta de pureza de su hija, es quien todavía la castiga por ofensa al honor familiar, tal como lo recuerda Ángela Vicario diciendo: «lo único que recuerdo es que me sostenía por el pelo con una mano y me golpeaba con la otra con tanta rabia que pensé que me iba a matar» (García Márquez, 1981: 77). Por tanto, la matriarca no opera forzosamente por maldad natural, sino que actúa como un mecanismo conservador dentro de una estructura patriarcal que no deja a las mujeres otra opción.

Además, en la narrativa de García Márquez, la matriarca Pura Vicario es la encarnación típica de la rigidez doméstica y de los valores tradicionales. Ella dedica toda su vida al sacrificio absoluto, estando enteramente al cuidado de su marido y a la educación de sus hijos debajo de una disciplina descrita como casi monástica. Este sacrificio de la matriarca no es únicamente una opción personal, sino un rol

social, ya que es ella quien se encarga de moldear a sus hijas para que respondan a los estándares de la época, criando a sus hijas para sufrir y servir: «bajo el rigor de una madre de hierro» (1981: 61). Este atributo subraya el rigor moral y la vigilancia permanente que ella ejerce sobre su familia. Incluso, el narrador evidencia que su rigidez no es un mero acto de crueldad gratuita, sino la ejecución estricta de una ley social establecida que, particularmente, considera la virginidad de la mujer como el patrimonio familiar. Su actitud dos meses antes del matrimonio de su hija Ángela Vicario y Bayardo San Román es un ejemplo manifiesto de esto: « (…) dos meses para casarse, Pura Vicario no permitió que fuera sola con Bayardo San Román a conocer la casa en que iban a vivir, sino que ella y el padre ciego la acompañaron para custodiarle la honra» (García Márquez, 1981: 61).

En esta misma línea de argumentación, la matriarca como conservadora de las costumbres machistas se manifiesta en *Carta a una amiga íntima* cuando las mujeres mayores o las matriarcas sostienen el machismo y la poligamia con un orgullo manifiesto y una ambición destacable de la voluntad de los varones. La figura de Tía Nabou es un ejemplo claro de esto. Ya que es ella quien, después de vengarse de su nuera, educa a su propia sobrina, la pequeña Nabou, bajo concepciones de sumisión absoluta beneficiosas al hombre y a la familia política, ensenándole que «la primera cualidad de una mujer es la docilidad» (Ba, 1985: 65). De igual manera, es ella, quien, para mantener la dominación masculina y la idea machista según la cual el lugar de la mujer es en el hogar, sacrifica la carrera académica y la juventud de su propia hija, Binetou, ofreciéndola a un hombre mayor para un

matrimonio polígamo, a cambio de un estatus social y lujos. Tal como lo cuenta el narrador: «por haber retirado a Binetou del ciclo escolar, le pasaba una asignación mensual de cincuenta mil francos, como salario obligatorio» (Ba, 1985: 29). Esto se puede ver también con las palabras de la protagonista Ramatoulaye, diciendo: «Daba me contó que Binetou tiene un grave problema: -El viejo de la ropa prêt-a-porter quiere casarse con ella. ¡Imagínate! Y sus padres quieren sacarla de la escuela, a pocos meses de los exámenes finales, para que se case» (Ba, 1985: 74). Así, queda claro que estas matriarcas, aunque las falta un poder real, utilizan una autoridad sobre sus hijas para no solo garantizar o conservar la supervivencia patriarcal, sino también la honra y la aceptación social. De ahí, la matriarca viene a ser un elemento fundamental que subyuga a la nueva generación de mujeres, imponiéndoles costumbres machistas que ellas mismas anteriormente han padecido. Lo que, sin duda, conserva el ciclo del machismo.

Y la conservación de este machismo como lo hemos visto anteriormente aparece en la transmisión de los valores ya que se muestra que las matriarcas no están interesadas en el desarrollo intelectual de las chicas, sino que las preparan para cumplir con el servicio doméstico y desarrollar la habilidad de aguantar más. Basándose en la voluntad de los varones, las matriarcas crían a sus hijas bajo una educación de hierro, haciendo de tal manera que sean muy perfectas. Esto demuestra que las hembras son preparadas para ser operacionales al sistema patriarcal, evidenciando que sus valores residen en lo que hacen para los esposos y no para ellas mismas. Las matriarcas ven al desarrollo intelectual de

las chicas como una amenaza o un obstáculo en lo que respecta a la función tradicional femenina. Tía Nabou confiesa abiertamente su inquietud por la instrucción femenina: «En verdad, no hay que ampliar demasiado la instrucción de una mujer. Además, me pregunto cómo puede una mujer ganarse la vida hablando de la mañana a la noche» (Ba, 1985: 66). Por tanto, la matriarca ve la educación intelectual de la mujer como algo insignificante y asimismo perjudicial para el bienestar del hogar, así como para el del esposo que la matriarca protege.

Conclusión

En síntesis, los análisis de ambas novelas demuestran que, pese a las diferencias geográficas aunque con aspectos culturales casi similares, el sistema patriarcal se sirve de la mujer como su principal herramienta de perpetuación. De este modo, la tradición prevalece mediante una educación sexista y los rituales tradicionales que rebajan a las mujeres en su condición social y biológica, exigiéndoles una pureza y una docilidad absoluta. Y, las figuras matriarcales conservan este ciclo de opresión, mostrando que el peso de la tradición sobre la mujer es no solo un instrumento sistémico, sino que también demuestra que las víctimas son formadas para convertirse en las castigadoras de su propio género.

A través de la educación sexista, la mujer está programada para estar exclusivamente al servicio del hombre y de la protección del orden familiar, anulando su propia voluntad. El matrimonio, por su parte, no se concibe como una unión ligada por sentimientos mutuos, sino como una

institución de transacción económica donde la mujer es vista como un objeto a otorgar para el beneficio social y económico de su familia. A esto, los rituales tradicionales se posicionan como medio de validación de la mujer como propiedad del hombre, lo que, sin duda, quita a la mujer su individualismo, poniéndola a disposición del hombre y de una familia política. Irónicamente, las matriarcas, en lugar de ser defensoras de su propio género, actúan como conservadoras más agresivas del sistema patriarcal, garantizando que las nuevas generaciones no se aparten de las normas establecidas.

Bibliografía

BA Mariama, 1985. *Carta a una amiga íntima* Traducción de Amanda Forns de Gioia, Emecé Editores, Buenos Aires

BALLARIN DOMINGO Pilar, 1989. «La educación de la mujer española en el siglo XIX». Revista interuniversitaria Salamanca, Universidad de Granada, pp. 245-261.

DIOME Fatou, 2004. *En un lugar del Atlántico*, Trad. Manuel Serrat Crespo, Lumen, Barcelona

ELENA GIBAJA Regina, 1990. *Imágenes de la condición femenina*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires

GARCÍA MÁRQUEZ Gabriel, 1981. *Crónica de una muerte anunciada*, Editorial Bruguera, Barcelona

HERNÁNDEZ QUINTANA Blanca et ORTEGA BARRERA Ivalla, 2019. «Comunicando en igualdad a través de la educación: propuestas didácticas desde las áreas de lengua española y lengua inglesa». Enseñanza & Teaching: Revista Interuniversitaria de Didáctica, 37(2), pp. 67-84.

LAGARDE Marcela, 2005. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* Cuarta edición, Universidad Nacional de México

PÉREZ FRANCÉS Maria José, 2011. «Palabras para la igualdad de género en la educación», N11, pp. 465-469.

DICCIONARIO

Diccionario de la lengua española, 2014. Vigesimotercera edición, Barcelona